

LECCION XL.

VATICINIOS DEL MESÍAS.

Oseas, profeta. — Acontecimientos próximos que vaticina. — Lo que anuncia acerca del Mesías. — Miqueas, profeta. — Acontecimientos próximos. — Lo que anuncia acerca del Mesías. — Joel, profeta. — Jeremias, profeta. — Su vida. — Sus profecías.

Los dos reinos de Israel y de Judá se entregaron despues de su division á los mas extraños desórdenes; nunca se vieron mas crímenes ni mayor inclinacion á la idolatría, y por su parte Dios, que no cesa de amar á los hombres, jamás se mostró mas atento á velar sobre el santo depósito de la Religion, á conservar la tradicion de la gran promesa, y á proclamar solemnemente la venida del Redentor; jamás fueron las profecías tan numerosas ni tan detalladas como en aquellos años de maldad.

Vivia aun Isaiás, y un nuevo profeta hacia ya oír su voz en Judá: este nuevo enviado de Dios fué Oseas, hijo de Beeri, nacido cerca de setecientos años antes de Nuestro Señor. No se conoce ninguna circunstancia particular de su vida ni de su muerte. Para probar á los Judíos que sus profecías respecto del Redentor y los siglos que le seguirán son verdaderas, anuncia dos acontecimientos que deben cumplirse muy pronto: el primero es la ruina de Samaria, y el segundo la del reino de Judá.

Vaticina que el Mesías, siendo aun niño, irá á Egipto, de donde le llamará su Padre. El Señor mismo, hablando figuradamente por el órgano de su Profeta, se expresa de este modo: *Israel no era aun mas que un niño, cuando le amé, y llamé á mi hijo de Egipto*¹. Nuestro Señor, niño aun, fué llevado á Egipto con su madre por san José, que habia recibido este mandato del cielo, y permaneció allí hasta la muerte de Herodes, para que, como dice san Mateo, se cumpliera lo que habia dicho el Señor por boca del Profeta: *Llamé á mi hijo de Egipto*². Luego Nuestro Señor es el Mesías vaticinado por Oseas.

El carácter principal del Mesías, la conversion de las naciones idólatras que no eran el pueblo de Dios, llama la atencion del Profeta, y exclama hablando en nombre del Señor: *He llamado pueblo mio al que no lo era, y objeto de mi misericordia al que no lo era. Y sucederá*

¹ Osee, xi, 4.

² Matth. ii, 15.

que aquellos á quienes se les habia dicho: *No sois mi pueblo, serán llamados los hijos del Dios vivo*¹.

Nuestro Señor ha convertido á las naciones, y ha hecho de los idólatras su pueblo predilecto y los hijos² Dios: luego es el Mesías vaticinado por Oseas³.

El mismo Profeta ve además la reprobacion de los Judíos, el estado de desolacion en que viven en el dia, y finalmente su conversion al fin de los siglos: *Los hijos de Israel permanecerán por mucho tiempo inmóviles, sin rey, sin principe, sin sacrificio, sin altar y sin ejercicio publico de su religion. Y despues de esto los hijos de Israel volverán y buscarán al Señor su Dios, y quedarán transidos de terror delante del Señor, al recibir los bienes de que les colmará en los últimos dias*⁴.

Los Judíos desconocieron á Nuestro Señor, y en el dia están errantes, sin altar y sin sacrificio. Esta primera parte de la profecía, cuyo cumplimiento vemos con nuestros propios ojos, nos responde de que la segunda se cumplirá igualmente, y que los Judíos se convertirán al fin de los siglos. Así pues, Nuestro Señor es el único á quien corresponden todos los caracteres de esta profecía, y únicamente á él: luego Nuestro Señor es el Mesías vaticinado por Oseas.

En la misma época apareció otro profeta, que nos ha dejado uno de los mas notables vaticinios acerca del Mesías. Este profeta es Miqueas, que anuncia primeramente dos acontecimientos muy próximos, las desgracias y ruina del reino de Israel y del de Judá; y pasando despues al Mesías se expresa de esta suerte: *Y tú, Belen Efrata (Efrata es el antiguo nombre de Belen), eres pequeña entre los millares de Judá; de tí me saldrá el que sea dominador en Israel, y la salida de él desde el principio, desde los dias de la eternidad*⁵. En consecuencia de esta profecía los Judíos sabian muy bien que el Mesías naceria en Belen. Habiendo llegado los Magos á Jerusalem, Herodes convocó todos los príncipes de los sacerdotes y los doctores del pueblo, y les preguntó dónde debia nacer el Cristo, el Mesías. Respondieronle sin vacilar: En Belen de Judá, segun la prediccion del Profeta, y le citaron las palabras de Miqueas. Luego el Mesías debia nacer en Belen. Ahora bien, Jesucristo nació en Belen en la época y en medio de las circunstancias indicadas para la venida del Mesías: luego es el Redentor vaticinado por Miqueas.

El Profeta anuncia que la generacion del Redentor es eterna, que convertirá las naciones, que su imperio no tendrá fin, y que será nuestra Paz. *Y él estará firme, dice Miqueas, y pastoreará en la forta-*

¹ Osee, ii, 23, 24, et i, 10.

² El mismo san Pablo aplica á Nuestro Señor las palabras de este Profeta en su Epístola á los Romanos, ix, 25.

³ Osee, iii, 4, 5.

⁴ Mich. v, 2.

leza del Señor, y los pueblos se convertirán porque ahora será engrandecido hasta en los términos de la tierra, y será nuestra Paz ¹. Nuestro Señor, á un mismo tiempo Dios y hombre, es engendrado en el seno de su Padre desde toda la eternidad; nació en Belen de la mas pura de las vírgenes; él solo posee un imperio eterno; solo él ha convertido las naciones; solo él goza de un poder soberano; y él solo es nuestra paz y nuestra reconciliación por la sangre que derramó sobre la cruz. Ya veis que Nuestro Señor es el único á quien corresponden al pié de la letra todos los caracteres indicados en esta profecía: luego es el Mesías vaticinado por Miqueas.

Joel, otro profeta contemporáneo del anterior, indica dos grandes rasgos del Redentor; la venida del Espíritu Santo y el juicio final. Para autorizar sus palabras, Joel anuncia un hecho cuyo cumplimiento vieron los Judíos contemporáneos suyos; un hambre espantosa que asoló todo el país. Hé aquí en qué términos se expresa: *Oid esto, ancianos, y escuchad, todos los moradores de la tierra: ¿si acaso avino tal como esto en vuestros días ó en los días de vuestros padres? Lo que dejó la oruga comió la langosta, y lo que dejó la langosta comió el pulgon, y lo que dejó el pulgon comió la roya. Desolado está el campo, lloró la tierra: porque destruido fué el trigo, el vino se perdió, faltó el aceite. ¿Por qué gimió la bestia y bramaron las vacas del hato? Porque no tienen pasto: y aun los rebaños de las ovejas perecieron* ².

Pasando en seguida al Mesías, el Profeta nos le enseña derramando su espíritu sobre la Iglesia y viniendo á juzgar el mundo con formidable aparato. *Y acacerá despues de esto, dice el Señor: Derramaré mi espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y aun tambien sobre mis siervos y siervas en aquellos días derramaré mi espíritu* ³. Nuestro Señor, segun su promesa, envió el Espíritu Santo sobre sus Apóstoles, y profetizaron, y este divino Espíritu ha comunicado el don de profecía á un grandísimo número de fieles de los siglos siguientes. El mismo san Pedro nos da á conocer este vaticinio. Los habitantes del Cenáculo están llenos del Espíritu Santo, y hé aquí que los Judíos de Jerusalem se preguntan unos á otros con asombro: *¿Qué quiere decir esto? Los demás se burlaban y decían: Son personas ebrias. Presentándose entonces Pedro, con los once Apóstoles, les dijo: Estas personas no son ebrias como pensais, sino que esto es el cumplimiento de lo que se dijo por el profeta Joel: Derramaré mi espíritu* ⁴; y cita, como lo hemos hecho nosotros, la profecía de Joel.

El Profeta anuncia en segundo lugar que el Mesías vendrá á juzgar

¹ Id. v, 4, 5.

² Joel, i.

³ Joel, ii, 28.

⁴ Act. ii, 15-17.

el mundo con formidable aparato. El mismo Mesías es el que habla: *Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, fuego y vapor de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el grande y espantoso día del Señor. Juntaré todas las gentes, y las llevaré al valle de Josafat, y allí entraré en juicio con ellas* ¹. Nuestro Señor vendrá á juzgar el mundo: él mismo nos anuncia en el Evangelio y nos describe las señales precursoras de aquel terrible día en términos semejantes á los del Profeta. Nuestro Señor envió el Espíritu Santo á sus Apóstoles, segun lo habia vaticinado Joel. Nuestro Señor vendrá, pues, tambien á juzgar el mundo al fin de los siglos; porque el cumplimiento de la primera profecía nos responde del cumplimiento de la segunda. Luego Nuestro Señor es verdaderamente el Mesías vaticinado por Joel.

Cerca de cincuenta años despues de los hombres inspirados de que acabamos de hablar, Dios suscitó á Jeremías, el Profeta de los dolores. Por mucho tiempo se resistió á aceptar la lúgubre misión que el Señor queria confiarle. *A, a, a*, decia, *Señor Dios, yo no sé hablar, yo no soy mas que un niño*. El Señor le respondió: *No digas no soy mas que un niño, sino marcha á donde te envíe, y dí lo que te mande. No temas aparecer delante de ellos, porque estoy contigo para librarte. El Señor extendió su mano, tocó la boca de Jeremías, y le dijo: Pongo ahora mis palabras en tu boca, y te hago hoy profeta. Jeremías obedeció por fin.*

Las desgracias con que amenazó á los Judíos, y la santa libertad con que les reprendió por sus desórdenes los irritó de tal modo contra él, que le arrojaron en un hoyo lleno de lodo, de donde le mandó sacar un ministro del rey Sedecías. Despues de la toma de Jerusalem, una parte de los Judíos que se habian quedado en Judea se refugiaron en Egipto por temor al rey de Babilonia. Jeremías hizo cuanto pudo para oponerse á este designio, pero se vió obligado á seguirles con su discípulo Baruc. No cesó de reprenderles allí su crimen con su celo ordinario, y profetizó contra ellos y contra los Egipcios. La Escritura no nos habla de su muerte, pero se cree que los Judíos, irritados de sus continuas amenazas, le apedrearon el año 590 antes de Jesucristo.

Para acreditar sus profecías respecto del Redentor y de los acontecimientos lejanos, anuncia á los Judíos hechos próximos, imposibles de prever á la humana sabiduría, y cuyo cumplimiento verán muy pronto sin embargo. Citemos entre otros la ruina espantosa de Jerusalem por Nabucodonosor y el cautiverio de Babilonia. Oid cómo vati-

¹ Joel, ii et iii. Valle de Josafat significa simplemente, segun el Hebreo, Valle del juicio. No ha faltado quien se ha entretenido en calcular que existiendo el mundo hace seis mil años, siempre tan poblado como en el día, y dando á cada individuo el espacio de un pié cuadrado, cincuenta leguas cuadradas de Francia, ó veinte y cinco de Alemania, bastarian para contener todas las generaciones (*Véase Catecismo filosófico de Feller, pág. 562.*)

cina esta terrible catástrofe : Marcha, le dice el Señor, y toma una vasija de barro hecha por un alfarero. El Profeta toma la vasija y sale de la ciudad, y seguido de los ancianos del pueblo y de los sacerdotes ancianos se para en un valle situado á las puertas de Jerusalem. *Rey de Judá y moradores de Jerusalem*, les dice, *esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel : Hé aquí que yo traeré aflicción sobre este lugar, de modo que todo aquel que la oyere, le retiñan las orejas*. Alzando en seguida su vasija de barro á la vista de todo el pueblo, añade : *Esto dice el Señor de los ejércitos : Así quebraré yo á este pueblo y á esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero* ¹. Y al decir estas palabras hace pedazos la vasija. Algunos años despues, el soberbio Nabucodonosor fué á cumplir al pié de la letra tan triste profecía ; arruinó la ciudad desde sus cimientos, y se llevó el pueblo cautivo á Babilonia.

Pasando en seguida á los acontecimientos lejanos, Jeremías anuncia que al nacer el Mesías, se dará muerte á todos los tiernos niños de Belen, y que sus madres quedarán desconsoladas. *Un gran rumor*, exclama, *se ha oido en Rama de quejas y gritos lastimosos : es Raquel llorando á sus hijos, y no queriendo consuelo porque no existen* ².

Habiendo nacido Nuestro Señor en Belen, Herodes mandó para darle muerte que se pasasen á cuchillo todos los niños de Belen y de las cercanías desde la edad mas tierna hasta la de dos años. Oyéronse entonces los gritos lastimeros de las madres ; y san Mateo nos dice que era el cumplimiento de las palabras de Jeremías que acabamos de citar. Luego Nuestro Señor es el Redentor vaticinado por Jeremías.

El Profeta no se olvidó del gran carácter del Libertador, y dice que enseñará la verdad á las naciones, y que hará con los hombres una nueva alianza mas perfecta que la antigua. *Te puse por profeta entre las naciones* ³, le dice el Señor ; y el mismo Mesías añade por el órgano de Jeremías : *Vendrá un tiempo en que haré una nueva alianza con la casa de Israel y con la de Judá ; entonces escribiré mis leyes en sus corazones, y todos me conocerán desde el mas pequeño hasta el mas grande* ⁴.

Solamente Nuestro Señor enseñó la verdad á las naciones idólatras, y convirtió el mundo, y él hizo con los hombres una nueva alianza mas perfecta que la antigua. Luego Nuestro Señor es el Mesías vaticinado por Jeremías. San Pablo reconocia expresamente que Jeremías habló de Nuestro Señor en esta profecía ⁵.

¹ Jerem, xix, 3, 11.

² Id. xxxi, 15.

³ Id. i, 5.

⁴ Id. xxxi, 31.

⁵ Hebr. x, 14.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado el Mesías tantas veces vaticinado por los Profetas : haced que lo escuché con docilidad como una oveja fiel, para que en el dia de su terrible juicio merezca oír estas palabras consoladoras : Venid, los benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el origen del mundo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor, *me diré con frecuencia : Dios juzgará esta accion, esta palabra y esta lectura.*

LECCION XLI.

VATICINIOS DEL MESÍAS.

Ezequiel, profeta. — Acontecimientos próximos que anuncia. — Lo que vaticina sobre el Mesías. — Daniel, profeta. — Su historia. — Explica el sueño de Nabucodonosor. — Niños en el horno.

Los terribles vaticinios de Isaías, de Jeremías y de los demás profetas contra Jerusalem se habian, por fin, verificado: aquella ciudad opulenta habia sido arruinada desde sus cimientos; su augusto templo, una de las maravillas del mundo, no era mas que un monton de cenizas, y sus habitantes arrebatados por Nabucodonosor gemian en Babilonia en las cadenas de la esclavitud. Apareció entonces un nuevo profeta, á quien Dios suscitó para reprender y consolar á los desventurados cautivos, y sobre todo para anunciarles el Mesías, libertador de todos los hombres.

Ezequiel, que es el gran profeta de que acabamos de hablar, fué tambien llevado en cautiverio á Babilonia, donde hizo una parte de sus vaticinios. Como todos sus predecesores, para probar á los Judíos lo que anuncia sobre el Redentor, les predice acontecimientos próximos que verán con sus propios ojos, y otros de los que el mundo entero es aun en el dia irrecusable testigo.

El primer acontecimiento que vaticina á sus hermanos es su regreso á Judea y la reedificacion del templo de Jerusalem¹; dos hechos que se cumplieron al pié de la letra cerca de cuarenta años despues. El segundo acontecimiento, que prueba la penetracion con que el divino Ezequiel leia en el porvenir mas remoto, es que desde Nabucodonosor, contemporáneo del Profeta, el Egipto no tendrá mas reyes de sangre egipcia. Hé aquí los términos de este asombroso vaticinio: *Voy á dar á Nabucodonosor, rey de Babilonia, el país de Egipto; se apoderará de todo el pueblo, y hará de él su botín, y no habrá ya en lo porvenir mas caudillo de la tierra de Egipto*². ¿Quién hubiera pensado jamás que aquel Egipto, madre de las ciencias y preceptora de las naciones, se veria privado para siempre de un rey de raza indígena, y que inclinaria eternamente su frente bajo un cetro extranjero? Y sin embargo hace veinte y tres siglos que se está cumpliendo el oráculo de

¹ Ezech. xxxix et xlii.

² Id. xxx, 13.

Ezequiel, y que el Egipto¹, segun lo advierte un impío de nuestros dias, arrebatado á sus propietarios naturales, sufre sin interrupcion el yugo de los extranjeros.

Ezequiel anuncia, relativamente al Mesías, que saldrá de la raza de David, que será pastor, pero pastor único que salvará á su rebaño y reunirá todas sus ovejas en el mismo redil. Escuchemos al Señor al anunciar él mismo este consolador acontecimiento por la boca del Profeta: *Salvaré mi grey, no será mas expuesta á la presa, y juzgaré entre ganado y ganado, y levantaré sobre ellos un solo pastor que los apaciente, á mi siervo David: él mismo los apacentará, y será príncipe en medio de ellos*².

Nuestro Señor mismo nos da á conocer el sentido de este vaticinio, cuando dice hablando á los Judíos: Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. Yo tengo además otras ovejas que no son de este aprisco; es preciso tambien que las conduzca, y no habrá mas que un solo rebaño y un solo pastor. Él condujo estas otras ovejas, es decir, las naciones idólatras, las reunió á las ovejas de la casa de Israel, y no hay en el dia mas que un solo aprisco y un solo pastor, que es Nuestro Señor. Para que nada falte al cumplimiento de la profecía, añadid que este Pastor único debia ser de la raza de David, ó mejor, el verdadero David. Pues bien, Nuestro Señor es de la raza de David, es decir, el amado por excelencia.

Ezequiel añade que el Mesías establecerá una nueva alianza mas perfecta que la antigua. *Haré con mis ovejas una alianza de paz, dice el Mesías por boca del Profeta. Mi alianza será eterna. Las multiplicaré, y estableceré para siempre mi santuario en medio de ellas. Mi tabernáculo estará entre ellas; seré su Dios, ellas serán mi pueblo, y las naciones sabrán que yo soy el Señor y el santificador de Israel, cuando mi santuario esté para siempre en medio de mi pueblo*³. Nuestro Señor estableció una nueva alianza mas perfecta que la antigua, una alianza eterna; reunió los Judíos y los gentiles en un mismo redil, y es además de la raza de David y el amado por excelencia: luego Nuestro Señor es el Mesías vaticinado por Ezequiel.

En la misma época y en la misma ciudad de Babilonia profetizó el último de los grandes Profetas; he nombrado á Daniel, y hé aquí su interesante historia.

Nabucodonosor quiso tener en su corte algunos niños de la nacion judía, que se habia llevado cautiva, con intencion de hacerles enseñar la lengua y la ciencia de los Babilonios. En su consecuencia dió sus órdenes al mayordomo de su palacio. La eleccion del ministro, diri-

¹ Volney, *Viaje á Siria*.

² Ezech. xxxiv, 22, 23.

³ Id. xxxvii.

gido por el Señor, recayó en Daniel y tres compañeros suyos llamados Ananías, Misael y Azarías. Dióseles por morada un aposento cómodo para sus estudios, y en muestra de su favor, el Rey mandó que se les alimentase con los manjares que se servían en su mesa, y no se les diese otro vino que el que él bebía. Debían ser tratados de este modo durante tres años, al fin de los cuales el Rey los destinaba á incluirlos en el número de sus funcionarios, y á servir siempre en su presencia.

Solo una cosa inquietaba á aquellos virtuosos niños; eran los manjares y el vino de la mesa del Príncipe que debían servirles, porque fácilmente podia haber entre estos alimentos algunos prohibidos á los Judíos y hasta quizás ofrecidos á los ídolos, y resolvieron no probarlos. Daniel habló sobre este temor al mayordomo del palacio encargado de su comida, y este respondió que no queriendo el Rey á su servicio mas que jóvenes bellos, bien formados y de buen aspecto, habia dispuesto expresamente el modo con que debían alimentarse; y que si por no usar el vino y los manjares de la mesa del Príncipe perdían algo de su gordura, no dejaría de saberse la causa, y que de ello dependía su fortuna y hasta quizás su vida.

Daniel no se desanimó; se dirigió á Malassar, empleado subalterno, encargado especialmente de él y de sus tres compañeros. Dádnos, le dijo, como lo deseamos, legumbres y agua pura; solo os pedimos diez días de prueba; examinad en seguida nuestro semblante, y comparadnos con los demás jóvenes que alimentais de la mesa del Rey: si teneis motivo para arrepentiros de vuestra complacencia, nos someteremos á cuanto queráis. Malassar accedió á esta proposición: Daniel y sus compañeros no se sustentaron durante diez días mas que de simples legumbres, y sin embargo se advirtió en ellos mayor frescura y lozanía que en el resto de los jóvenes alimentados de la mesa del Príncipe. Malassar continuó por consiguiente gustoso tratándoles del mismo modo, y siempre fué con el mismo buen éxito.

Habiendo transcurrido los tres años de su instruccion, llegó el día de presentar al Rey los cuatro jóvenes israelitas. Nabucodonosor quedó encantado de la gracia que brillaba en su rostro y en toda su persona, y aun lo quedó mas de su habilidad é instruccion. No tengo en mi reino, exclamó, doctores comparables con los cuatro jóvenes hebreos. No vaciló en retenerlos á su lado, les dió empleos en la corte, y quiso que sirvieran siempre en su presencia. Tal fué el principio de la grande elevacion del profeta Daniel; el Señor, siempre infinitamente bueno, preparaba de este modo recursos á los Israelitas cautivos.

Algunos años despues, Nabucodonosor tuvo un sueño que le causó viva inquietud. Cuando despertó, mandó que se le presentasen todos los encantadores, adivinos y mágicos de Babilonia. Esta noche, dijo el

Rey, he tenido un sueño que me ha aterrado; pero la turbacion que he sentido despues me ha borrado absolutamente su recuerdo. Si llegais á recordar mi sueño y á explicármelo, os prometo una recompensa digna de mí; pero si burlais mi esperanza, os daré muerte á todos.

Lo que pedís, Señor, le respondieron, no es posible á ningun mortal. El Rey mandó en su enojo que se les diera muerte. Ejecutábase este mandato sin compasion, cuando Daniel, lleno de confianza en Dios é inspirado súbitamente, corrió á la presencia del Rey, á quien encontró abismado en negra melancolía, y le suplicó que le concediese algunos momentos para explicarle el sueño que habia tenido. Marcha, Daniel, le dijo el Rey; toma todo el tiempo que necesitas.

Daniel se retiró, y pasó la noche en oracion. A la mañana siguiente uno de los empleados de la corte le introdujo en el aposento del Príncipe, y dijo al presentarle: Hé aquí, señor, uno de los cautivos de Jerusalem que dará al Rey mi señor la explicacion que desea. ¿Crees, dijo el Príncipe á Daniel, que puedes recordar mi sueño y explicármelo? El sueño que habeis tenido, le respondió modestamente Daniel, es superior á los conocimientos de todos los mágicos; pero hay un Dios en el cielo, y es el único Dios que adoro, para quien nada hay oculto, y revela cuándo y á quién le place las cosas mas oscuras. Él es, gran Príncipe, el que os ha mostrado durante la oscuridad de la noche los acontecimientos que deben cumplirse en los últimos siglos.

El Príncipe y toda su corte tenían fijos los ojos en el joven Profeta, cuando empezó de este modo: Hé aquí, señor, el sueño que habeis tenido. Se presentó delante de vos una grande estatua, que estaba en pié á vuestros ojos y con mirada terrible; era su cabeza de oro purísimo, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro, y los piés en parte de hierro y en parte de arcilla. Mirábais con extrema atencion esta vision cuando se desprendió por sí sola una piedra del monte, hirió los piés de la estatua, y los hizo pedazos. La misma estatua fué reducida á cenizas como el polvo que arrebata el viento en el verano. Pero la piedra que hirió la estatua se convirtió en un gran monte que llenó toda la extension de la tierra. Tal es vuestro sueño, señor; hé aquí su explicacion:

Vos sois, Príncipe, el mas grande de los reyes, y á vos representa la cabeza de oro. Despues de vuestro imperio se alzará otro menor que el vuestro, figurado por la plata; vendrá otro tercero, figurado por el bronce, que se extenderá por toda la tierra, y el cuarto imperio, semejante al hierro que rompe todos los metales, domeñará tambien y derrocará á quien trate de oponerse á su establecimiento. Sin embargo, este cuarto imperio se debilitará con sus divisiones, lo cual está expresado por la mezcla del hierro con la arcilla en los piés de la estatua. Finalmente, en las épocas en que estos reinos subsistirán

aun, el Dios del cielo suscitará un reino que jamás será destruido, que derrocará á todos los demás imperios, y que estaba representado bajo la figura de aquella piedra que desprendida por sí misma del monte redujo á polvo la arcilla, el hierro, el bronce, la plata y el oro.

Nosotros que vivimos despues del acontecimiento podemos reconocer fácilmente estos imperios cuya sucesion anunció Daniel. El primero, representado por la cabeza de oro, es el imperio de los Babilonios; el segundo, representado por el pecho de plata, es el de los Medos y los Persas; el tercero, figurado por el vientre y los muslos de bronce, es el de los Griegos, bajo Alejandro el Grande. Este imperio, nos dice el Profeta, mandará á toda la tierra. En efecto, Alejandro extendió sus conquistas á las tres partes del mundo. El cuarto reino, representado por las piernas de hierro, designa claramente el imperio romano. Así como el hierro rompe todos los metales, este imperio rompió y redujo á polvo todos los reinos que subsistian antes que él en las tres partes del mundo conocido.

La piedra que se desprende del monte sin que la empuje ningún hombre, que rompe la estatua, se aumenta en seguida, cubre toda la extension de la tierra, y forma un imperio cuya duracion será eterna, designa claramente el imperio espiritual de Nuestro Señor, imperio formado sin el auxilio de ningún hombre, imperio vencedor de todos los demás, que no pasará á otro pueblo, tan extenso como el mundo y tan duradero como los siglos. ¿Á qué otro reino sino al de Jesucristo pueden corresponder estos caractéres?

Al oír las palabras del Profeta, Nabucodonosor poseído de un asombro superior á toda comparacion, y mirando á Daniel como un Dios oculto bajo la figura de un hombre, se prosternó en el suelo, le adoró profundamente, y mandó que le ofrecieran incienso y le sacrificasen víctimas. Daniel se opuso á este culto impío, y se apresuró á dedicar todos aquellos homenajes al Dios que le había inspirado. Nabucodonosor reconoció que el Dios de Daniel era verdaderamente el Dios de los dioses y el Rey de los reyes, y despues elevó á Daniel y á sus compañeros á las primeras dignidades del imperio.

Los jóvenes hebreos experimentaron muy pronto, como tantos otros, que para acarrear el odio no es necesario ser malvado, sino que basta ser dichoso. El favor de que eran objeto les atrajo enemigos celosos que resolvieron perderlos, y persuadieron á Nabucodonosor que prohibiera á todos sus súbditos adorar á otro Dios que los dioses de Babilonia. El Príncipe mandó por consiguiente fabricar una grande estatua de oro, de sesenta codos de altura, y que la colocasen en medio de una vasta llanura en las cercanías de Babilonia. Al mismo tiempo se dió orden á los oficiales del ejército, magistrados, jueces, intendentes y gobernadores de las provincias, para que se presentasen en la llanura el dia designado para rendir á la estatua el

culto religioso que el Rey le destinaba, so pena de ser arrojado en el acto en un horno ardiente el que no obedeciese.

Los tres compañeros de Daniel, Ananías, Misael y Azarías, acudieron como los demás á la llanura; pero en el momento que se daba señal á todos los presentes para prosternar el rostro en el suelo, los tres israelitas permanecieron en pié sin dar ninguna muestra de adoracion. Sus enemigos corrieron á contárselo al Rey; y fuera de sí de cólera, mandó Nabucodonosor que los arrojaran en el horno en que ardía un fuego siete veces mayor que de ordinario. Hace que se apoderen de los generosos atletas los soldados mas robustos de su guardia, que los aten de piés y manos, y los lancen en medio de las llamas. Pero el Dios de Israel baja allí con ellos, el fuego consume sus ataduras respetando sus personas, y se pasean tranquilamente en el abismo abrasado. Pronto se les oye cantar alabanzas al Señor. Al ver el milagro, Nabucodonosor se acerca al horno y los llama: Siervos del Dios altísimo, salid y venid á mí. Él mismo proclamó que el Dios de Israel era el verdadero Dios, y publicó un edicto en que prohibía que blasfemasen de él so pena de muerte. Este homenaje solemne es una nueva prueba de la misericordiosa providencia del Padre celestial, que no permitía la persecucion de sus siervos y la mezcla de su pueblo con las naciones infieles sino para hacer brillar su gloria, fortalecer á Israel en la fe de sus padres, y preparar paulatinamente á los gentiles á abrazar el culto del verdadero Dios.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber conservado en medio de las llamas á vuestros fieles siervos; dadme su fidelidad hácia vuestra santa ley, y su valor para arrostrar el respeto humano, á fin de libertarme yo mismo de las llamas eternas.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, nunca aceptaré carnes en los dias en que están prohibidas.